

CARTA DESDE UN TREN ITALIANO.
(Venecia queda a la espalda. El carnaval
ha finalizado)

“Forse piú tardi mi ricorderó
di queste grandi sere
che son leste a venire”.

Vicenzo Cardenalli

ME doy cuenta de que quizás sea un corsario, un filibustero, o simplemente un truhán que huye del Veneto con los labios ahitos de dulces noches despues de haber atravesado el carnaval, y decidir que mi alma quede por siempre deambulando entre los canales de la triste Venecia que amó tanto como tú.

Desesperado, monótono, aburrido por el cotidiano calor que nos augura esta supervivencia de semidioses felices y superficiales, llegué al carnaval en un imaginario tren donde viajaban todos los fantasmas que aquí, callejuela, escalinata de mármol, encontraron forma entre las finas máscaras blancas y negras que de parte a parte dominaban la ciudad. Y llegué sin saberlo a un carnaval donde lo bello es la fugacidad. Donde lo maravilloso reside en pasar un instante y quedar en los ojos y en la memoria de los que te miran, de los que te rodean, de todos aquellos que como tú, o como yo, tienen la necesidad de una plácida mirada, un guiño, o una sonrisa acentuada de complicidad.

Y si de los canales llega la noche, que asciende en forma de neblina lenta y no se ciñe a las cinturas de las bellas mujeres, como nuestras tardes



de abril quedan atrapadas en las generosas curvas de las que son conscientes de la efectividad del placer, el frío llega de los históricos mármoles que en forma de balconada, de esquina, o de portón, arrojan brisas que susurran besos con polvo de arroz no dados. Las luces, los terribles focos blancos que igualaban el color en San Marcos o en San Stefano, siempre intentaban acercarse al aro y figurar que el solitario paseante que se pierde por un diminuto callejón, la capa al viento, los bordados cimbreándose, era un duende, un tráfugo. Porque no es posible que tantas almas decidan disfrazarse y alejar la realidad para quedar, por esa milésima que se deslizan ante tus sobrecargados ojos, como estampa de un tiempo que nadie sabe muy bien si existió con todo ese poderío.

No te rías al pensar mi asombro. Sobrecogerse ante un Merlín de barba blanca y manto azul, ante un león veneciano que no despliega sus alas, ante una máquina volante de Leonardo, sobrecogerse, era una manera de sentir admiración por los que despiertan de esa forma el reino de lo imaginario. Reino sin monarca fijo, pero reino asediado por los que hemos ido creyendo que la derrota era el nuevo orden prefijado. Máscaras, dioses, aves, animales: todos tenían la valentía del color y de poder ser destruidos cuando el calendario marque otra fecha.

Debo decirte también que de un carnaval nadie regresa de la misma forma como a él llegó. El que tú eras, el que fuiste, va quedándose en la ropa que utilizas, en el confeti que tiras, en la serpentina que a tu cuello hace de bandera que se transforma según el que esté a tu lado, según el vino que pruebas y según la música que bailes. Y así puedes encontrar cientos de cadáveres sin identificar bajo los portales, de la gran plaza. Cadáveres que son como pieles abandonadas. Cadáveres que son como sombras que nos han seguido demasiadas veces y por fin, gracias a la belleza del lugar, gracias a la sorpresa y griterío, gracias a que el momento es el adecuado, muchos se deciden a practicar el sacrificio y deciden olvidarse de lo que eran, para de ahora en adelante empezar a ser otra cosa. Y no es una broma, ni algo que por fácil y repetido parezca imposible. Nadie echa de menos su cadáver, y sin embargo mucho sienten que las noches son demasiado breves para esa felicidad de ser desconocido, de querer conocer, de tener un rostro que no es el habitual. Deberías de haber visto todos esos cadáveres amontonados en los rincones más insospechados de la Venecia que se muere, de la Venecia que nunca es igual porque yo no puedo mirarla junto a tus ojos, como si de una canción de Aznavour se tratara.







ANG-82





Sobrevuela el mundo la agonía concreta de tener las manos vacías. Y son muchos los trenes que llevan compartimentos vacíos. ¿Te imaginas que alguien se eche de menos entre la alegría de una noche con castillo de fuegos artificiales y música popular? ¿Alguien que se eche de menos y no sepa dónde encontrarse? Porque no sabe a ciencia cierta quién es. Si es el muerto, el resucitado o el que queda entre ambos. Y busca por los pozos y los campos de la ciudad triste, y se busca tanto que llama al tiempo, para que regrese la luz y todo pueda ser mirado con la serenidad de lo seguro, es decir, con la serenidad que el orden aceptado da. Y claro, sigue sin encontrarse, porque él estaba junto a todos cuando entonaban canciones de aquél comunista que con guitarra y coro increpaba al alcalde de la ciudad. Estaba cuando servían chocolate y croasanes en una mesa cerca a la suya. Estaba cuando todos pedían pastas y pescado de la laguna como cena total de un dudoso tiempo que si su inicio lo tenía en el declinar de la luz natural, su muerte volvía a tenerla con la aparición de la misma luz. Alguien que persiga durante el carnaval, sin rosa roja en la mano, sin sombrero de tres picos, y sin máscara blanca que le oculte la cara, la figura que él podría ser y que sin embargo nunca será. Como nosotros nos perseguimos a diario, sin saber, sin concretar la dirección y el camino. Sin concretar el destino del tren.

Porque todos los carnavales son pocos para perder la conciencia derrotada que nos soporta. Y Venecia no tiene que ser una excepción, aunque ahora, mientras te escribo desde las tierras italianas, me siento alguien distinto y que decidió dejar que su alma quedase en la muerte dulce de una ciudad sin retorno.

Dibujos de Angel Haro.

